



SAN VALENTÍN A LA VUELTA DE LA ESQUINA



EDITH GÁLVEZ



ROMPECORAZONES

SAN VALENTÍN A LA VUELTA DE
LA ESQUINA
EDITH GÁLVEZ



ROMPECORAZONES

#1

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Copyright © 2018 Edith Gálvez

© 2018 Editorial Rompecorazones

All rights reserved.

ISBN:

ISBN-13:

DEDICATORIA

A ese corazón que nunca será mío.

1

Dijo que me amaba. Y lo dijo en serio. Pero, al cerrar la puerta después de un beso, me olvidó para siempre. Así son los hombres. Hombres. Todos los hombres. Primero sonríen, luego seducen, enseguida susurran mentiras al oído para después explorar lo más íntimo. Finalmente, terminan olvidándose de todas las promesas.

Por cierto, me llamo Clarisa, y al parecer no podré celebrar San Valentín como lo imaginé.

A Nicolás lo conocí, precisamente, en San Valentín. Fue el año pasado, lo recuerdo bien, en el paseo de alamedas en el centro de mi ciudad. Yo caminaba después de la oficina, tal vez con la mirada perdida en algún rincón de la calle tratando de evitar a todas esas parejas enamoradas que parecían proponerse suscitar la envidia en los demás. Me detuve en un semáforo peatonal, respiré profundo y me atreví a atravesar la calle sin importarme que la luz roja aún existiera. Un bocinazo. Otro bocinazo. Yo, en mi mundo, continué avanzando. Uno que otro conductor me insultó, pero yo únicamente quería escapar de ahí para refugiarme pronto en mi departamento para ver un nuevo capítulo de *Amor de Terciopelo*, mi telenovela favorita. Y entonces, al otro lado de la calle, una sonrisa amplia, blanca, iluminada y soñada me habló. Me habló. O, más bien, me llamó la atención. O, mejor dicho, me increpó por haber desobedecido a la ley del tránsito.

—Demasiado ruda para ser verdad —dijo—. ¿Quieres morir en este día?

—¿A quién le hablas? —le contesté—. ¿Te interesa que me muera hoy?

—¡Por supuesto! —sonrió—. ¡Sería una pena que un ángel como tú volviera al cielo!

Sentí desmayarme. O, mejor dicho, sentí cómo mis piernas se doblaban. Mis ojos se clavaron en su rostro, y aunque mi intención era continuar caminando no pude. Su sonrisa perfecta y su aroma a perfume francés lo hacían único. Pero... ¿qué estaba haciendo yo ahí frente a él? ¿Coqueteándole? ¿Esperando una caricia? ¿Aguardando que San Valentín mismo nos presentara? Seguramente, pensé, él debía ir por su novia en un día como aquel. Así que, dignamente, acomodé mis cabellos y me dirigí hacia un espacio que había entre los demás peatones y me escabullí dejando todo en el olvido.

—¿Cómo te llamas? —su mano me alcanzó—. ¿Puedo saber tu nombre?

—¿Por qué? —titubeé—. ¿Para qué?

—Para invitarte a un café —sonrió—. ¿Te importaría acompañarme?

—Hoy es San Valentín —dije—. Es un día especial...

—Entiendo —susurró y retrocedió unos pasos—. No quise incomodarte. Lo siento. Primero debí preguntar si tenías novio. Soy un imbécil.

—No lo decía por mí —me volteé completamente—. Lo decía por ti. Supongo que debes ir por tu novia a esta hora para celebrar San Valentín.

Pareció enrojecer. ¿Timidez o vergüenza? Un largo suspiro escapó de él, y

enseguida se atrevió a abordarme con una sonrisa más auténtica mientras sus ojos pardos brillaban junto con el atardecer de la ciudad.

—No tengo novia. Estoy triste por no poder celebrar San Valentín como corresponde y me gustaría pasar esta tarde contigo —me extendió una mano—. ¿Aceptarías acompañarme? Será un café. Nada más. ¡Lo prometo!

El semáforo cambió dos veces más antes que yo me decidiera. Lo tenía enfrente, tan limpio, puro, sincero y varonil que no podía resistirme. Seguramente todo se me reflejaba en el rostro, hasta la vergüenza que sentía al ser abordada de manera tan gentil.

—¿Qué tiene de malo compartir? —susurré—. Acepto.

—A todo esto, me llamo Nicolás.

—Clarisa —sonreí—. Te prometo que es primera vez que hago esto.

—¿A qué te refieres?

—A aceptar una invitación de un desconocido en la calle.

¡Mentirosa, mentirosa, mentirosa! Mi corazón me gritaba, pero lo entendía. Nicolás era de esos hombres apuestos que solamente yo había conocido a través de las revistas magazine o de las telenovelas. Era un prototipo de varón único, de esos que todas mis amigas envidiaban en las demás mujeres.

—¿A qué te dedicas?

—Soy secretaria de una pequeña empresa —confesé—. Aspiro a convertirme en secretaria ejecutiva en unos años más. ¿Y tú qué haces por la

vida?

—Soy poeta —se encogió de hombros—. En realidad soy artista. Canto, escribo poesía y me gusta la pintura.

—¿Qué podrías escribir sobre mí? —me atreví a mirarlo a los ojos—.
¿Podrías inspirarte en mí?

Yo sabía que estaba sobrepasando todos los niveles de una primera cita, o de un primer encuentro, pero el hecho de saber que él era soñado —es decir, atractivo, seductor, poeta y sensible como un artista—, comenzaba a enloquecerme. ¿Enamorarme? Jamás.

Llegamos a un café apartado, casi al final de las alamedas. Yo pedí un capuchino y él un expreso. Al mismo tiempo tratamos de recoger el azúcar, nuestros dedos se acariciaron y sonreímos. Antes que yo tuviera el valor para continuar preguntando, me permití analizar su perfil. Siempre habían llamado la atención los hombres de nariz puntiaguda, ancha y con delicados orificios que combinaban con labios gruesos. Eran pocos los que tenían aquella característica, pero existían. Uno de ellos, claramente, era Nicolás. Por eso, sin importarme que se sintiera observado, continúe apreciando su figura, y hasta me atreví a tocarle la barbilla para comprobar que no había vellos que —en caso de algún beso o encuentro más personal—, pudieran irritarme.

—¿Por qué estás sola en un día como hoy?

—¿Es necesario preguntar eso? —bebí un sorbo de capuchino—. ¿Por qué

estás solo en un día como hoy?

—¿Es necesario preguntar eso? —sonrió y se disculpó con la mirada—. Seré sincero. Mi novia me dejó por otro hombre. Ella siempre buscó una estabilidad mayor. Ya sabes; una casa grande, un vehículo último modelo...

—¿Dónde vives, entonces? —titubeé—. ¿No tienes una casa?

—¿También eres como mi antigua novia? —Nicolás mostró seriedad—. No pensé que todas las mujeres eran iguales.

—¡Somos todas diferentes! —le toqué la mano que estaba más cerca—. Sólo me preocupa saber cómo vives.

—Tengo un departamento pequeño, tengo un vehículo pequeño y con más de seis años de vida —sonrió—. No necesito más. Con eso soy feliz.

¡Me derritió! Un hombre artista, poeta, sensible y sin intereses materiales.
¡El hombre perfecto para mí!

—Yo también seré sincera —humedecí mi lengua con otro sorbo de café—. Mi última relación fue una tormenta. Él siempre tuvo otra mujer. Estuvimos dos años. Lo descubrí cuando dijo que iría al club de fútbol con sus amigos, lo seguí y lo vi entrar a un departamento... Ya te imaginarás lo que encontré.

Su mirada fue de comprensión. Una tibia caricia adornó mis mejillas mientras su semblante iluminado por el consuelo se abría para darme refugio. Yo no quería moverme, ni siquiera quería respirar, no quería que ese momento se acabara aunque no deseaba mostrarme fácil u oportunista, pero mi boca

extrañaba besar, extrañaba la hermosa sensación de la vida en los labios de otro y mi corazón pedía auxilio por un nuevo amor aunque muchas veces — tras recordar la traición de mi antigua pareja—, prometía no darse una nueva oportunidad.

—Feliz día de San Valentín —dijo Nicolás—. Espero que tu corazón sienta mi sinceridad.

—Muéstrame tu sinceridad...

Fue lo único que hablé. Luego, cerré los ojos, respiré profundo y permití que sus labios conocieran los míos en una hermosa sinfonía de suspiros que parecía haber sido compuesta para un día especial.

¡El mejor día de San Valentín de mi vida!

Eso fue lo primero que le dije a Carmen cuando la vi al otro día en la oficina. Ella estaba en su escritorio sirviéndose un café cuando me vio entrar con una sonrisa que nadie —ni siquiera don Osvaldo, mi jefe, con sus instrucciones—, podía borrar.

Carmen no lo podía creer. Es decir, de principio a fin no podía concebir cómo habían ocurrido los hechos. Desde el encuentro en el semáforo, la casualidad, el café romántico, el primer beso y lo que sucedió después en su pequeño departamento. Todo había sido mágico, increíble y digno de un cuento de hadas. Yo, que había despertado junto a él y me había dado el lujo de besarlo mil veces más para despedirme en la mañana, comenzaba a rogar que no se terminara.

—Eso espero —dijo Carmen—. Espero que siga siendo mágico y que no muera como lo que ocurrió con...

—¡Basta! —levanté una mano—. El otro está en el olvido. Un nuevo amor de pronto me ha llegado. Tal vez sea el indicado que he estado esperando por tanto tiempo.

Carmen ya me conocía, y sabía que cada vez que llegaba alguien a mi vida decía lo mismo. Sus cejas en alto y sus labios estirados demostrando desinterés en mi nueva historia de amor me obligaron a dedicarme por

completo a las labores que tenía sobre el escritorio. De vez en cuando consultaba el teléfono móvil para saber si Nicolás me había escrito. A las nueve de la mañana un corazón. A las nueve y quince una cita romántica de una canción. A las diez y veinte unos versos que él había escrito para mí. Al mediodía una fotografía de un boceto de mi rostro sobre una de sus telas de su taller de pintura. ¡Demasiado romántico y dedicado para ser verdad! A la una de la tarde me llamó, y se lamentó estar lejos de mí para compartir, pero lo prometí que nos veríamos en la tarde para repetir lo que habíamos hecho en San Valentín: café, conversación y hacer el amor bajo la luna llena. Sin embargo, cuando salí del elevador para alcanzar la calle y conseguir un lugar donde almorzar, una voz suave me abordó antes de cruzar la esquina.

—Hermosa de mis sueños —sonrió—. ¿Te gustaría almorzar conmigo?

Ante mí estaba la figura que había conocido la noche anterior con una gran sonrisa y un bellissimo ramo de flores. Nicolás me acarició los cabellos y me besó con dulzura. Sentí que cada centímetro de mi piel se agitó, mi corazón revivió y mis ojos bailaron

—Te llevaré a un lugar especial...

—¡Sólo tengo una hora de colación! —sonreí—. ¡Qué sorpresa me has dado!

Su brazo rodeó mi cintura, y juntos caminamos en dirección opuesta al edificio de mi oficina. Él cargó el ramo de flores y se ocupó que nada perturbara mi camino. Su aroma a perfume francés una vez me cautivaba, y yo

me aprovechaba de aquello para buscar sus labios en medio de la gran cantidad de peatones que corrían de norte a sur buscando un lugar para almorzar.

—No creo que tengan mesa disponible —opiné cuando ingresamos a un restaurante de comida italiana—. Siempre está repleto este lugar...

—Buenas tardes —dijo Nicolás al mesero—. Tengo una reservación a nombre de Nicolás Parra.

—¿Esto es broma? —sonreí—. ¡Nunca había podido estar aquí a la hora de almuerzo!

Nicolás levantó los hombros asumiendo que había hecho todos los esfuerzos para conseguir una mesa y darme una gran sorpresa. Dos copas de vino tinto a la hora de almuerzo, raviolis para él y fettuccini para mí. Ambos con salsa bolognesa. Brindamos, nos miramos a los ojos, chocamos nuestras copas y nos besamos.

—Gracias, Nicolás...

—Gracias a ti, Clarisa, por hacerme feliz —suspiró—. Ha sido hermoso conocerte.

—Yo no esperaba conocerte —sonreí—. Ha sido maravilloso en poco tiempo. ¡Parece un sueño!

—Para mí también es increíble —me besó—. Te agradezco la confianza que has tenido hacia mí. Todo fue espontáneo.

—¡Espero que no nos separemos! —levanté mi copa—. Salud por nosotros.

—Así será —respondió él—. Que pase el tiempo, y que nosotros estemos juntos en el tiempo.

El almuerzo fue como una cena romántica. Solamente faltaron las velas y el violinista junto a la mesa. Nicolás estaba mostrando toda la dulzura que había en su corazón: me recitaba versos mientras acomodaba mis cabellos, mientras dibujaba el contorno de mi cara con sus dedos y mientras me besaba.

¡Hora de volver al trabajo!

Nicolás dijo que pasaría por mí después de las seis de la tarde. Dijo que iría a su departamento a continuar con su proceso creativo de poesía y pintura. Yo, en tanto, contaba los minutos para volver a sentir su voz mientras escribía sobre el teclado de la computadora siguiendo las instrucciones del ogro llamado don Osvaldo.

Las horas pasaron rápido. Carmen se burlaba de mí de vez en cuando, lanzaba palabras de mal augurio a mi relación y hasta me juró que sólo me daba un par de semanas de romance para que todo se desmoronara. ¡Pobre, Carmen, siempre ha sido una envidiosa! Pero igual la quiero y no la cambiaría por nada del mundo.

A las dos y media un ramo de flores virtual. A las tres una canción de amor de David Bisbal. A las cuatro y media un nuevo poema. A las cinco y quince una grabación de su voz describiendo todo lo que significaba yo para él. Eso,

definitivamente, si no se le podía llamar amor, ¿qué era?

A las seis en punto Nicolás apareció en la puerta de mi oficina, me hizo un gesto con una mano y —antes que Carmen osara encararlo como lo había prometido para no jugar conmigo—, recogí mis pertenencias (bolso, teléfono y ramo de flores) y fui por mi beso. Ahí estaba Nicolás tan compuesto con el día anterior, con la misma sonrisa, con el mismo perfume francés y con el mismo entusiasmo. Recogió mi mano y me condujo por las calles tratando de mantener la calma, tratando de encontrar un lugar para nosotros en la gran ciudad. A veces, por sorpresa, se volvía y me robaba un beso, luego otro, y enseguida era una infinidad de juegos de labios que parecíamos perder el control en cada esquina.

Llegamos, después de ocho o nueve esquinas donde nos besamos intensamente, a un parque donde aún existían árboles frondosos y pajaritos que cantaban. Nos sentamos en el césped y sonreímos como dos quinceañeros. Él perdió sus manos entre mis cabellos, recorrió cada centímetro de mi cabeza y me provocó un cosquilleo que estremeció hasta las puntas de mis pies. ¡Me enloquecía, y él lo sabía!

—Eres muy romántico, Nicolás.

—Estoy demostrando lo que has provocado en mí —sonrió—. ¿Te has divertido en estas veinticuatro horas conmigo?

—Sí —susurré y bajé la mirada—. Sólo hay un problema.

—¿Cuál? —Nicolás frunció el ceño y pareció temer volver a oír mi voz—.

¿Qué hice mal?

Tomé muy fuerte sus manos y esperé que sus ojos se unieran a los míos. En sorna, mientras algunos pajaritos revoloteaban alrededor, me percaté que sus ojos estaban humedeciéndose.

—Tranquilo —dije—. No es nada grave.

—¿Entonces? —suspiró—. ¿Cuál es el problema?

—Tengo miedo —confesé—. Tengo miedo que esto no sea real y todo termine como un sueño al amanecer.

—¿Esto te parece un sueño? —Nicolás envolvió mis manos y me las besó—. ¿Estás soñando aún?

—¡Todo es tan increíble! —vací mi pecho—. Nuestro encuentro, la celebración de San Valentín, hacer el amor después de un café, las flores, tu dedicación... ¡Todo!

—Estamos a quince de febrero y aún estamos juntos —me besó la frente—. No ha sido un sueño.

Me refugié en su pecho. Él me abrazó dándome todo el calor que necesitaba. En silencio le agradecí al cielo, a mis abuelos muertos, a Dios, a la virgen, a los santos, a los signos del zodiaco y a todo lo que había permitido posible mi gran anhelo de no vivir un día de San Valentín sola, triste y abandonada. A mis treinta y cinco años estar en esa condición frente a la vida es casi un estado de

desahucio.

—¿Hasta cuándo durará esto? —suspiré—. ¿Cuál será nuestro final?

—La felicidad...

—¿Hasta dónde podemos llegar?

—Hasta la luna si tú quieres —declaró Nicolás—. Si tú y yo estamos unidos, nada será imposible.

Sellamos nuestra conversación con un beso. Luego, caminamos hacia su departamento, comimos algunos dulces y bebimos café, e hicimos el amor.

Así fueron nuestros próximos trescientos días del año. Nuestra rutina, que en cualquier parte del mundo podía ser un castigo, se había convertido en nuestro mejor aliado.

Éramos felices.

3

En enero —después de celebrar las fiestas de fin de año en distintos lugares—, comenzaron los problemas. Después del regalo de navidad (un bóxer con diseño de Papá Noé) todo cambió. Él cambió. O, seguramente, yo cambié. Se cumplían casi trescientos días y algo más, y el amor que nos habíamos jurado durante todo el año ya no existía. O existía, pero ya no era declarado. Carmen se jactaba de su arte de pitonisa cada vez que me escuchaba regañar la mala suerte de mi vida, y me advertía que las situaciones podrían empeorar. ¿Cómo lo sabía?

El departamento de Nicolás, aquel nido de amor que habíamos adornado juntos y que nos pertenecía, se había convertido en un verdadero infierno. A veces, él se emborrachaba con sus amigos, llegaba de madrugada, cantaba y discutía sin motivo. En más de una oportunidad, no llegó, y yo estuve en vela esperándolo. Nicolás había dejado de ser quien era; ya no escribía, ya no pintaba, no apreciaba las artes como antes. Tampoco iba por mí después de las seis de la tarde. ¿Había otra mujer en su vida? Carmen dijo que sí. Yo continuaba defendiéndolo. Seguramente era parte de la crisis del primer año

—como le llaman los expertos en parejas—, o Nicolás definitivamente había dejado de amarme. Se lo pregunté una noche después de cenar en silencio. Ni siquiera se había pronunciado a mi anhelo de hacer el amor, apenas bebió algunos sorbos de vino y se recostó. Yo fui tras él, y con dedicación exploré en sus secretos. Solamente bastaba una confesión para que nuestra relación se definiera.

—Sí, te amo.

—Entonces, ¿por qué estamos distantes?

—A veces siento que siempre hacemos lo mismo —aspaventó—.

Podríamos cambiar la rutina.

—Todo se soluciona hablando —suspiré—. Pensé que ya no me amabas.

Me abrazó, besó mi frente y rodeó mi cuello con su brazo. Enseguida, sentí su calor, ese que extrañaba. Nos besamos como antes, descubriendo nuevamente aquellos cosquilleos. Enmudecimos, cerramos los ojos y nos desnudamos. Sus manos recorrieron cada rincón de mi cuerpo, mi voluntad se entregó a merced de su pasión y pronto terminamos enredados como los mejores amantes que habíamos sido durante nuestro primer año de relación. Sin embargo, el fuego poco a poco comenzó a extinguirse. Nicolás, sudoroso y agitado, se apartó. Su silueta desnuda y delgada recorrió las esquinas de la habitación, se cubrió el rostro y tosió.

—No me siento bien.

—¿Cómo dices? —fui por él—. ¿Qué sucede contigo?

—Clarisa, ¿has pensado que todo esto podría ser una mentira?

—¿Una mentira? —agitó la cabeza—. ¿A qué te refieres? ¿Todo lo que hemos vivido ha sido una mentira? ¿Todo esto no ha valido nada para ti? ¡Eres un cretino!

—Lo siento, pero estoy confundido.

—De acuerdo —asentí y me alejé—. ¡Entonces, yo también estoy confundida!

Rápidamente encendí las luces de la habitación, me vestí, recogí un bolso de viaje y guardé todas mis vestidos y ropa interior para luego atravesar el pasillo central del departamento y rematar mi furia con un golpe al cerrar la puerta. Ni siquiera quise volver la mirada para despedirme. Jamás pensé que yo sería capaz de actuar así, pero tampoco esperaba quedarme ahí a disposición de los caprichos de un hombre que el tiempo había convertido en un ser sin sentimientos.

Se lo conté a Carmen a la mañana siguiente. Su sonrisa fue más amplia que la puerta de la oficina de don Osvaldo —un hombre con más de ciento treinta kilos en el cuerpo, por cierto—, y me cantó una y otra vez su pronóstico.

—Supongo que con esto todo termina para siempre —dijo Carmen—. Borrón y cuenta nueva.

—¡Por supuesto! —sonreí—. Nuestra relación ya no era lo mismo.

—¿Segura? —mi compañera levantó una ceja—. ¿Hablas en serio?

—¡Nunca había estado más segura! —continué con mi trabajo sobre el escritorio—. ¡Nicolás dejó de existir para mí!

—¿Y si él te busca? —Carmen alzó la voz—. ¿Qué harás?

—Lo ignoraré —aseguré—. Pero estoy segura que lo de anoche quedó claro. Borrón y cuenta nueva.

A Carmen le gustó mi respuesta. Incluso fue capaz de aplaudir, pero tuvo que cambiar su actitud cuando la mirada insípida de don Osvaldo la sentenció al salir de su oficina.

—Me llamo Clarisa...

Lo repetí frente al espejo los siguientes días en el baño de mi departamento. Parecía un ensayo, una suerte de preparación para un próximo encuentro de conquista que pudiera cruzarse con mi vida. A pesar que me había hecho la valiente, la orgullosa y la insensible, en algunas noches aparecía el recuerdo de Nicolás en mi memoria. Y también en mi cuerpo. Algo de mí lo extrañaba. Por instantes, me desesperaba, pero una copa de vino en solitario —y a la luz tenue de una lámpara antigua en un rincón—, me consolaba.

Una extraña angustia me invadía. Por las noches no dejaba de insistir, y por las mañanas se reflejaba en mi cabello, en mis ojos caídos y en mi piel

descuidada. ¿Era el desamor? ¿Era la falta de amor? ¿Era lástima? Traté de revitalizarme, pero las cosas no funcionaban. En más una oportunidad —a escondidas de Carmen—, le envié un mensaje a Nicolás sólo para saber si estaba bien. En realidad, para averiguar si aún había algo de mí en él. Pero nada aparecía, el mundo se callaba las palabras y mi desesperación convivía junto a mí.

Corrían los primeros días de febrero. Un mes fatal. Siempre Febrero y sus vicios. Febrero y sus deleites. Febrero y sus delirios. Febrero y el amor. Y también el desamor. ¿Cuántos años rogué por un día de San Valentín acompañada? El año pasado todo había maravilloso, pero tan rápido como apareció el encanto de Nicolás se esfumó. ¿Habría tenido a otra mujer? ¿Me habrá engañado siempre? ¿Yo fui la otra mientras su esposa o novia viajaba fuera de la ciudad? Difícil de entender, difícil de averiguar, difícil de sobrevivir.

Quizá ya era demasiado, y yo debía tomar la iniciativa. Después de todo, en la historia de la humanidad, las mujeres siempre han resuelto los grandes conflictos, pero los créditos se los han llevado los hombres por ser únicamente las caras visibles.

—Lo llamaré.

Un tono largo. El llamado estaba marcando. El sonido se extendía. Buzón de mensajes. Una vez más. Tono largo. Buzón de mensajes. ¡Idiota! ¿Qué te has

creído? Arrojé el teléfono sobre el escritorio.

El calendario avanzaba más rápido que otros años. Si antes había sido indiferente a la llegada de San Valentín, después de Nicolás todo había cambiado: y si él no aparecía antes del día trece al atardecer, pensaba contratar los servicios de un acompañante para, por último, no estar en los chismes de los demás que ya murmuraban mi soltería una vez más.

El día cinco de febrero recibí una llamada. O, más bien, un mensaje. ¡Era él! El texto fue breve y, al parecer, claro:

*No me busques, no me llames. Lo nuestro ya pasó como el agua del río bajo
el puente de la vida.*

Eso me destruyó. O tal vez, me fortaleció. Era, al fin y al cabo, lo que necesitaba para entender hacia dónde iba mi vida. Estaba todo claro, y debía respetar su decisión, y también respetar mi dignidad. Nicolás había sido un buen hombre, una buena jugada del destino, pero pasajero. Como decía Carmen: borrón y cuenta nueva.

El seis de febrero —después de emborracharme la noche anterior con vino tinto y algunos sorbos de tequila—, sobreviví al interrogatorio de Carmen. Ella y sus ideas de una relación perfecta (como si aún no asumiera que es una divorciada vitalicia que en los almuerzos llora por su exmarido). La inquisición inició por criticar mi actitud de entregarle mi corazón a Nicolás

sin conocerlo del todo. Lo más suave que me dijo fue *inmadura*. Lo que había comenzado como una conversación terminó en discusión y algunos gritos. Sólo don Osvaldo y sus ciento treinta kilos nos separaron de una pelea sin precedentes en esa oficina.

El día siete de febrero no fui a trabajar. Llamé a la oficina avisando que había sufrido una intoxicación por consumir mariscos. Carmen no me creyó, pero se comprometió a informarle a don Osvaldo mi estado de salud. En realidad, lo único que anhelaba era quedarme encerrada en mi habitación y llorar bajo las sábanas. ¿Por qué el amor siempre era cruel? No comí, no bebí agua, no fui al baño, ni siquiera me levanté a estirar las piernas. A las nueve de la noche estaba aún más destrozada que el día anterior, y ya mi problema no era únicamente del corazón, sino también del cuerpo.

El ocho de febrero fingí fiebre. Don Osvaldo me llamó solicitándome el certificado médico para asegurarse que yo estaba en tales condiciones. Tuve que mentir. O, mejor dicho, crear un plan de emergencia para que todo fuera creíble. Desayuné comida descompuesta, vomité intencionalmente, esperé que los primeros síntomas se reflejaran en mi cuerpo y visité un médico. ¿Buena actriz? El doctor extendió el documento y lo presenté al mediodía en el escritorio de Carmen. Ella —evidentemente—, no me creyó. Y me lo dijo en la cara:

—No trates de hacer bien las cosas. Las estás empeorando.

—¿Por qué lo dices? —fingí delirio de fiebre—. Debo ir a descansar.

—Porque perdiste en el amor, pero eso se puede solucionar —levantó una ceja—. Pero también podrías perder el trabajo. Eso es peor.

Ignoré sus palabras. Estuve todo el día en cama viendo televisión. Pude revisar todos los capítulos de mi telenovela favorita que había perdido de ver por culpa de las tardes románticas con Nicolás... ¡Gran idiota!

El día nueve de febrero, al llegar a la oficina a las ocho y quince de la mañana, don Osvaldo me llamó con su habitual voz insolente. Me pidió que me sentara frente a él. Sin preámbulos, me extendió un documento.

—Fírmelo, por favor.

—¿Qué es? —titubeé—. Lo leeré.

—Léalo —dijo él—. En resumen, es una carta de amonestación. Es un llamado de atención por su mal desempeño en esta oficina en los últimas semanas.

—Pero...

—Recuerde que con tres cartas de amonestaciones tengo la facultad y la libertad de desvincularla —sentenció—. Ya tiene dos cartas.

—¿Dos? —fruncí el ceño—. Usted se equivoca, don Osvaldo.

—La primera carta de amonestación fue a la semana de ser contratada. ¿Recuerda que derramó su café sobre unos documentos legales? Con eso, creo, que le quedó claro que está prohibido beber café en el lugar de trabajo.

Tenía razón. Mucha razón. No tenía más palabras para defenderme. Después de firmar el documento, me retiré agradeciéndole la oportunidad de continuar con mi trabajo. Al salir de su despacho, Carmen estaba con una sonrisa irónica que sólo a ella le quedaba bien. Era su sello.

—¡Te lo advertí!

Primera vez en mi vida que me atreví a ser insolente. Le regalé un dedo en alto y no me habló durante todo el maldito día.

El día diez de febrero comenzó mi agonía de amor. Cada vez que encontraba a una pareja de enamorados tomados de las manos o besándose los maldecía, o les demostraba mi envidia gritándole a la muchacha: ¡No le creas! ¡Te dejará sin explicaciones! ¡Todos los hombres son iguales! Y luego caminaba cabizbaja hacia mi habitación.

El día once de febrero revisé todos los mensajes que Nicolás me envió durante nuestra relación. Poemas de amor, reflexiones, estribillos de canciones y las fotografías que pretendían inmortalizar nuestro amor.

El día doce de febrero releí los mejores mensajes de Nicolás. Los releí, los releí y los recité millones de veces en medio de la noche, en mi habitación, junto a una copa de vino.

El día trece —plazo fatal para mis aspiraciones de revivir la emoción de un día de San Valentín—, borré todo lo que aún guardaba de él. Fotografías, grabaciones de audio, mensajes y algunos objetos que todavía estaban en mi

clóset. ¡Todo a la basura! Incluso mi corazón desilusionado.

Y se acercaba el día catorce.

No contraté los servicios de un acompañante, no fingí la ausencia de mi pareja con un viaje de urgencia fuera de la ciudad, no despotriqué al cielo por mi mala suerte. Simplemente lo asumí en silencio, con aspiraciones de madurez, resignándome a una vida de celibato y oficina hasta que mi corazón dejara de latir.

El día catorce de febrero Carmen se disculpó conmigo, pero en sus ojos vi que sólo había ironía. Sabía que ese día era un día delicado-especial-triste-fatal-inexistente para mí. Como premio de consuelo me regaló una rosa roja de plástico. Se lo agradecí por cortesía, pero por dentro la quería matar.

Mi temor creció. Pensé, por unos minutos, encerrarme en el baño de la oficina después de las seis de la tarde y quedarme a dormir en ese lugar para no ver la realidad en la calle. Tuve que salir por orden de don Osvaldo, quien ya se hacía el ánimo de redactar la última carta de amonestación de mi carrera como secretaria. Globos de corazones, canciones de amor en todos los rincones. El viento soplaba con ternura, como cada catorce de febrero. En la ciudad se respiraba amor.

Yo caminaba después de la oficina, tal vez con la mirada perdida en algún rincón de la calle tratando de evitar a todas esas parejas enamoradas que parecían proponerse suscitar la envidia en los demás. Me detuve en un

semáforo peatonal, respiré profundo y me atreví a atravesar la calle sin importarme que la luz roja aún existiera. Un bocinazo. Otro bocinazo. Yo, en mi mundo, continué avanzando. Uno que otro conductor me insultó, pero yo únicamente quería escapar de ahí para refugiarme pronto en mi departamento para ver un nuevo capítulo de Amor de Terciopelo, mi telenovela favorita. Y entonces, al otro lado de la calle, una sonrisa amplia, blanca, iluminada y soñada me habló. Me habló. O, más bien, me llamó la atención. O, mejor dicho, me increpó por haber desobedecido a la ley del tránsito.

—Demasiado ruda para ser verdad —dijo—. ¿Quieres morir en este día?

—¿A quién le hablas? —le contesté—. ¿Te interesa que me muera hoy?

—¡Por supuesto! —sonrió—. ¡Sería una pena que un ángel como tú volviera al cielo!

Nos miramos confundidos, o tratando de entender el mundo.

—Me llamo Nicolás...

Entonces, rodeé su cuello y cerré los ojos.

Otros títulos de la colección:

1. San Valentín a la vuelta de la esquina
2. Secreta intimidad
3. En las alas del amor
4. As de corazones
5. La abogada del diablo
6. Devuélveme la vida
7. Algo más que amistad
8. Hasta el infierno contigo

9. Un forastero para mi corazón

10. Belleza olvidada

LA AUTORA

Edith Gálvez (Santiago de Chile, Chile, 1979) es una escritora que ha vivido el amor y el desamor en primera persona. Asistente social de profesión, en sus tiempos libres se dedica a cuidar a su perro y a la escritura. *San Valentín a la vuelta de la esquina* es su primera novela romántica publicada.